

Ese inquebrantable núcleo nocturno

Alain de Benoist

No existe ninguna definición verdaderamente satisfactoria del erotismo, esa cualidad propiamente humana que lleva al deseo sexual por la senda de la mutua invención. El erotismo no es lo contrario del pudor, el cual sólo tiene sentido en la medida en que promueve el deseo. Tampoco es lo contrario de la pornografía, la cual sólo resulta sugestiva (es su gran ventaja) cuando, mostrándolo absolutamente todo, revela por ello mismo que no hay ahí nada que ver de esencial. D.H. Lawrence, por cierto, ya lo había dicho todo cuando denunciaba la hipocresía de una sociedad que condena la pornografía, al tiempo que se mantiene ciega ante su propia obscenidad. Cualquier discurso publicitario, cualquier discurso perteneciente a la lógica del mercado, resulta hoy, qué duda cabe, infinitamente más obsceno que una vagina abierta y expuesta en un primer plano fotográfico.

Durante siglos, el erotismo ha sido denunciado como lo contrario de las “buenas costumbres” porque, al excitar las pasiones sensuales, contradecía una moral basada en la devaluación de la carne. Contrariamente a otras religiones, el cristianismo siempre ha sido incapaz de elaborar una teoría del erotismo: no por haber ignorado el sexo, sino al contrario por haberlo convertido en una obsesión negativa. Pasado el tiempo de los mártires, la abstinencia se convirtió en la marca de la vida devota, y la sexualidad en el campo privilegiado del pecado. La actividad sexual, considerada como un mal menor, sólo se admitió en el marco de la conyugalidad. La Iglesia condenaba una sexualidad desvinculada de la finalidad procreadora, al tiempo que cultivaba el ideal virginal de una procreación sin sexualidad. Por este motivo, sin duda, el discurso sobre el sexo se ha mantenido circunscrito durante tanto tiempo en el ámbito literario, médico o simplemente vulgar, aunque resulta revelador que, en todos los tiempos, el desnudo ha servido de base para la enseñanza de las bellas artes, al ser considerado como la más idónea ejemplificación de la categoría de lo bello.

La modernidad naciente emprendió seguidamente una vasta labor de desimbolización, cuya víctima fue el erotismo. Al basarse en la idea del ser humano como individuo autosuficiente, le resultaba imposible pensar una diferencia sexual que, por definición, implica lo incompleto y lo complementario. El carácter

peyorativo atribuido a las pasiones y a las emociones —supuestas generadoras de “prejuicios”— corrió parejas, por otro lado, con el auge de la fuerza del individuo a favor del racionalismo cientista. Se vio entonces devaluada la inteligencia sensible —la del cuerpo—, ya sea como portadora de pulsiones “arcaicas”, ya sea como proveniente de una “naturaleza” de la que el hombre, para hacerse propiamente humano, estaba llamado a emanciparse. La modernidad, por último, convirtió sistemáticamente el interés en necesidad, y la necesidad en deseo. Sin ver que el deseo no se reduce precisamente al interés.

Autor de una hermosa Antología histórica de las lecturas eróticas, Jean-Jacques Pauvert considera que “en el año 2000, pese a las apariencias, el erotismo ya casi ha desaparecido, si es que no ha desaparecido del todo”. Puede resultar sorprendente esta declaración de un experto. En realidad, no hace sino constatar que el erotismo, maniatado ayer por una censura que lo condenaba a la clandestinidad y a lo prohibido, se encuentra hoy en día amenazado muy exactamente por todo lo contrario. Así como la omnipresencia de la imagen impide ver, de forma que la gran ciudad constituye en realidad un desierto, así también el sexo ensordecedor se convierte en inaudible. La omnipresencia de las representaciones sexuales priva a la sexualidad de toda su carga. Contrariamente a lo que se imaginan los reaccionarios pornofóbicos, herederos del nuevo orden moral reagan-papista, la pornografía mata el erotismo por exceso, en lugar de amenazarlo por defecto. Se trata también de un efecto de la modernidad. El proceso moderno de individualización, en efecto, ha conducido, en primer lugar, a la constitución de la intimidad, y luego, en nombre de un ideal de transparencia, a la transformación dialéctica de la intimidad en exhibición. Este paso de la intimidad al exhibicionismo (tomado como “testimonio” y, por tanto, como criterio de verdad) queda perfectamente ilustrado por la emisión Loft Store, concentrado especular (y crepuscular) de la sociedad actual, y que sólo se hace caricaturesca para mejor ilustrar sus rasgos distintivos: mísero voyeurismo y estupidez consensuada, espacio cerrado programado por la ley del dinero, exclusión interactiva sobre la base de una insignificancia absoluta. No es de sorprender que las masas estén fascinadas por este espejo que se les tiende: ven en pequeño lo que cada vía viven en grande.

El sexo es hoy incitado a ponerse al diapasón del espíritu de los tiempos: humanitario, higienista y técnico. La normalización sexual encuentra nuevas formas que ya no intentan reprimir el sexo sino convertirlo en una mercancía como las demás. La seducción, demasiado complicada, se convierte en una pérdida de tiempo. El consumo sexual tiene que ser práctico e inmediato. Objeto maquinal, cuerpo-máquina, mecánica sexual: la sexualidad ya no es sino un asunto de recetas al servicio de una pulsión escópica de la cantidad. En el mundo de la comunicación, el sexo tiene que dejar de ser lo que siempre ha sido: semblanza de comunicación tanto más deleitosa cuanto que se ubica sobre un fondo de incomunicabilidad. En un mundo alérgico a las diferencias, que desde muchos puntos de vista ha reconstruido social y culturalmente la relación entre los sexos desde el horizonte de un dimorfismo sexual atenuado, y que se empecina en ver en las mujeres a unos “hombres como los demás”, cuando en realidad son lo otro del hombre, se pretende que el sexo deje de “alienar”, cuando en realidad es un juego de alienaciones voluntarias. El erotismo es matado por el deseo políticamente correcto de suprimir la correlación de fuerzas que

se establece ya a favor de un sexo, ya a favor del otro, en una mutua conversión. Lo mata porque ninguna relación amorosa puede desplegarse en una chata igualdad, sino tan sólo en una pugna, en una inestable desigualdad que permita dar la vuelta a todas las situaciones. El sexo no es sino discriminación y pasión, atracción o rechazo igualmente excesivos, igualmente arbitrarios, igualmente injustos. En tal sentido, no es exagerado decir que el verdadero erotismo —salvaje o refinado, bárbaro o lúdico— sigue siendo, hoy más que nunca, un tabú.

La voluntad de suprimir la transgresión mata a la vez al erotismo. Porque hay muchas normas en materia sexual, como las hay en todo. El error consiste en creer que son normas morales. El otro error es el de imaginarse que cualquier comportamiento puede erigirse en norma, o que la existencia de una norma deslegitima, por su mera existencia, todo lo que está fuera de las normas. El erotismo implica la transgresión, a condición sin embargo de que dicha transgresión resulte posible sin dejar de ser transgresión; es decir, sin ser instituida como norma.

Entre los “jóvenes de los suburbios” (para quienes las mujeres no son más que unos agujeros rodeados de carne), las mamadoras profesionales de siliconadas formas y las revistas femeninas convertidas en manuales de sexología pubo-pélvica, el erotismo se presenta herméticamente bloqueado por doquier. Los jóvenes, en particular, tienen que hacer frente a una sociedad que es a la vez mucho más permisiva y mucho menos tolerante que en el pasado. Así como la dominación conduce al desposeimiento, así también la pretendida liberación sexual sólo ha conducido, a fin de cuentas, a nuevas formas de alienación. Pero el sexo, porque es algo que pertenece ante todo al reino lo incierto y de lo turbio, siempre se escabulle ante la transparencia. El exhibicionismo lo hace aún más opaco que la censura, pues a este deseo de transparencia responde siempre con la metáfora. Cuando se le intenta iluminar con proyectores, el mundo del sexo opone afortunadamente a tal iluminación, lo que André Breton denominaba su “inquebrantable núcleo nocturno”.

[Eléments n.º 102, septiembre de 2001, Robert de Herte (seudónimo de Alain de Benoist)]

